

VICENTE ERNESTO BELENGUER CEBRIÁ

LOS ESTADOS UNIDOS Y LAS REPUBLICAS AMERICANAS EN LA PRIMERA FASE DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL (1939-1943)

Les hommes, seuls objets de l'histoire... hommes dotés de fonctions multiples, d'activités diverses, de préoccupations et d'aptitudes variées, qui toutes se mêlent, se heurtent, se contrarient, et finissent par conclure entre elles une paix de compromis, un modus vivendi qui s'appelle la Vie...

L'historien étudie la vie passée et on peut s'intéresser plus particulièrement à l'une de celles-ci, à son activité, à ses activités économiques, par exemple. A une condition, c'est de n'oublier jamais qu'elles le mettent en cause, toujours, tout entier¹.

Conforme al espíritu de estas líneas, pese a que el presente artículo centre su atención en las relaciones internacionales, es indispensable realizar un somero esquema de Hispanoamérica en todos sus niveles históricos², partiendo de la crisis de 1929, que condicionó en parte el estallido de la segunda guerra mundial.

PLANTEAMIENTO GENERAL

La crisis de 1929.—Fenómeno de trascendencia universal, la crisis económica de 1929 tuvo consecuencias incalculables desde la economía hasta las relaciones internacionales.

¹ L. FEBVRE, *Combats pour l'Histoire*, Librairie Armand Colin, París, 1953, páginas 20 y 21.

² J. REGLÁ, *Comprender el món*, Editorial A. C., 1967, p. 33. Una síntesis de los actuales problemas históricos. Recientemente esta misma obra, ampliada y revisada, ha sido traducida al castellano: *Introducción a la Historia*, Editorial Teide, Barcelona, 1970. pp. 26 y 27.

En general, las reacciones frente a la crisis condicionan el intervencionismo económico y la autarquía que lleva consigo la guerra de tarifas aduaneras, la rigidez estatal y la aparición en la política internacional de una serie de bloques antagonistas³.

Los países de Hispanoamérica⁴ viéronse afectados por la recesión económica, que, entre otras consecuencias, restringió la demanda de sus materias primas. Salvando las enormes diferencias existentes en el conjunto global de países que responden al nombre de Hispanoamérica, puede afirmarse que también en esta región las medidas para combatir la catástrofe, y las repercusiones de la misma, son en cierto aspecto similares a las del contexto general.

Económicamente, las Repúblicas sudamericanas aspiraron a la autarquía, forzosa por cuanto que la recesión económica impidió el fácil acceso de los productos manufacturados, con lo que la crisis, paradójicamente, coadyuvó a la incipiente industrialización de estos países. Al mismo tiempo, la guerra de tarifas, con la elevación de los aranceles, agravó ciertos problemas de tradición histórica: posiblemente, la guerra del Chaco entre Bolivia y el Paraguay, de 1932 a 1936, tuvo su origen en aquélla.

De momento, la crisis de 1929 acabó con toda la serie de regímenes dictatoriales existentes en Hispanoamérica, salvo el de Venezuela; pero la caída de estos dictadores sólo sirvió para dar paso a otras tendencias que pronto siguieron las mismas huellas: tendencias derechistas del *Estado Novo* brasileño de Getulio Vargas, del Perú de Benavides, de la Cuba de Batista, de la reacción conservadora argentina, tras el golpe militar de Uriburu⁵.

La *prosperity* de los años anteriores a la crisis ha sido considerada como una de las causas fundamentales en el cambio de actitud de Estados Unidos hacia Hispanoamérica. Según ciertos autores norteamericanos⁶, fue el hecho que marcó la posibilidad de la «buena vecindad», cuyos orígenes pueden señalarse hacia 1928. Pero cuando con la crisis los Estados Unidos a su aislacionismo político deben de añadir el económico, la reglamentación de su comercio exterior (al igual que en otros lugares se manifestó en la formación de determinados bloques económicos) se orientó hacia el hemisferio occidental, es decir, su perpetua esfera de influencia. Si tras Versalles el Congreso inclinó

³ J. REGLÁ, *De la Gran Crisis a la Segunda Guerra Mundial*, t. XI de la *Historia Universal* dirigida por Walter Goetz, España-Calpe, Madrid, 1968.

⁴ M. CROUZET, *La Epoca Contemporánea*, vol. VII de la *Historia general de las civilizaciones*. Ediciones Destino, Barcelona, 1961, pp. 585-619. Un análisis de los problemas contemporáneos de Hispanoamérica.

⁵ A. GALLETI, *La Política y los Partidos*, en «La Realidad Argentina en el siglo xx», Fondo de Cultura Económica, 1961. Un análisis de la política interna argentina a partir de la Constitución de 1853.

⁶ H. L. MATTHEWS y K. H. SILVERT, *Los Estados Unidos y América Latina*, colección 70, editor Grijalbo, 1967.

al país hacia el aislacionismo político, la crisis de 1929 orientaba a Estados Unidos hacia un relativo aislacionismo económico, ciñéndose su esfera de influencia a América, lo que aceleraría la vinculación económica de las Repúblicas americanas y, por supuesto, la política de «buena vecindad».

Una crisis sobre la «crisis».—Poco a poco la crisis de 1929 fue superficialmente superada merced al rearme. Gracias al mismo, los índices de producción en determinados países alcanzaron de nuevo las cifras de 1928⁷, con lo que era de suponer que paulatinamente se regularizaría la situación de Hispanoamérica. Sin embargo, un fenómeno, que progresivamente fue ampliándose, incidió una nueva crisis, también de caracteres graves, sobre la crisis. Y, en definitiva, esta nueva sacudida no hizo sino acentuar momentáneamente los rasgos comentados para Hispanoamérica.

En efecto, el estallido de la guerra mundial, la rápida capitulación de las democracias europeas y la posterior lucha de Inglaterra contra Alemania (lucha que, una vez más, enfrentó a una potencia marítima con una continental) llevó a una guerra económica, en la que el bloqueo y el contrabloqueo en las líneas comerciales marítimas perjudicó enormemente la libre salida de las materias primas hispanoamericanas⁸. Durante los años en que la ofensiva submarina alemana (1940-1942) se hizo acuciante, las dificultades de exportación fueron grandísimas y, con ello, la crisis iniciada en 1929 agravóse aún más, al mismo tiempo que para subsanarla se insistía, de un lado, en la equipación industrial y, sobre todo, en la adscripción de las economías americanas a la de los Estados Unidos⁹.

Lógicamente, también en este período las posturas monolíticas se agrava-

⁷ J. REGLÁ, *De la Gran Crisis a la Segunda Guerra Mundial*, p. 66.

⁸ Además de la bibliografía citada a lo largo de las notas, este trabajo se basa esencialmente en la publicación semanal nacida en 1940: *Mundo*, revista de política exterior y economía, Madrid, año I, n.º 1, 12 de mayo de 1940.

Independientemente de las escuetas noticias económicas, muy frecuentes en la revista, artículos de fondo confirman estas afirmaciones. A título de ejemplo pueden consultarse los siguientes: *El bloqueo inglés sobre Europa perturba hondamente toda la vida económica de la América del Sur* («Mundo», n.º 31, 8 de diciembre de 1940); *El bloqueo de Europa puede producir un grave colapso en la economía del continente americano* («Mundo», n.º 51, 27 de abril de 1941).

Incluso Argentina, que por depender estrechamente su comercio de Inglaterra podía soslayar tal problema, acusó la crisis. A tal efecto, la evolución de las exportaciones, en millones de pesos, presenta en los nueve primeros meses de 1940 una progresiva tendencia a la baja: 1940, enero, 187'4; febrero, 166'4; marzo, 154'6; abril, 157'2; mayo, 141'8; junio, 119; julio, 102'5; agosto, 88'7; septiembre, 61; octubre, 69'5 (*Los proyectos del recién dimitido ministro de Hacienda de la Argentina, Dr. Pinedo, ejemplo de madurez económica*, «Mundo», n.º 38, 26 de enero de 1941).

⁹ Como la nota anterior, varios artículos ponen de relieve este hecho, así: *Los Estados Unidos, principal beneficiario del comercio de los beligerantes* («Mundo», n.º 6, 16 de junio de 1940); *Los Estados Unidos tratan de organizar la autarquía panamericana* («Mundo», n.º 23, 13 de octubre de 1940.)

ron: casos de Cuba ¹⁰, Panamá ¹¹, Paraguay ¹², Bolivia ¹³, Argentina ¹⁴ y Chile ¹⁵.

En paralelo con la adhesión económica de estas Repúblicas a Estados Unidos, se acentuó la política de «buena vecindad», que llevó a la solidaridad continental cuando Estados Unidos sufrió la agresión nipona (diciembre de 1941). Pero la necesidad de presentar un bloque compacto, frente al desarrollo de la guerra en Europa y, posteriormente, en la contienda asiática, forzó a Estados Unidos a insistir en su política de solidaridad continental, que no sólo comporta las relaciones entrañablemente amistosas entre Estados Unidos y los restantes países hispanoamericanos (con excepción de Argentina), sino también las buenas relaciones entre las mismas Repúblicas americanas. Es por ello por lo que en este aspecto existen diferencias respecto a la etapa 1929-1939. Frente a las constantes fricciones, que llegaron incluso a una guerra, se tendió ahora a la liquidación de todos los problemas fronterizos que pudiesen presentar dificultades internacionales.

En líneas generales, la etapa 1939-1942 vino a reforzar considerablemente la trayectoria histórica iniciada desde 1929. Crisis económica, rigidez estatal, solidaridad continental, serán los polos sobre los que giren los sucesos históricos. Y esta reafirmación de los factores de la década inmediatamente anterior es lo que permite hablar de una «crisis sobre la crisis».

Sólo cuando en 1943 el cambio de signo en la lucha a favor de los aliados y la disminución casi total de la actividad bélica submarina, de un lado, y, de otro, la perfecta solidaridad continental, puesta en marcha ya en el año anterior (conferencia de Río), dieron sus frutos, se pasó a una etapa de estabilidad, que prontamente convirtiéndose en franca expansión.

¹⁰ Durante este período Batista se afianza en Cuba. No sólo consigue hacer abortar un complot («Mundo», n.º 41, 16 de febrero de 1941), sino que obtuvo aplastante mayoría en las elecciones del 15 de marzo de 1942 para renovar la mitad de la Cámara de Representantes (*El presidente Batista, a quien apoyan los partidos históricos cubanos, dispone de un Parlamento adicto*, «Mundo», n.º 99, 22 de marzo de 1942).

¹¹ Con la reelaboración de una Constitución derechista por el presidente Arias (*Panamá ha celebrado el X aniversario de la revolución nacionalista con la puesta en vigor de una nueva Constitución*, «Mundo», n.º 37, 19 de enero de 1941).

¹² Con el abandono del sistema liberal y los progresivos pasos autoritarios (*El Paraguay abandona el sistema liberal impuesto por el extranjero*, «Mundo», n.º 12, 28 de julio de 1940; *El Paraguay tiene ya una nueva Constitución autoritaria*, «Mundo», n.º 46, 23 de marzo de 1941; *El presidente del Paraguay ha disuelto el partido liberal, al que acusa de alta traición*, «Mundo», n.º 104, 3 de mayo de 1942).

¹³ Con la subida al poder del presidente Peñaranda y su gestión ulterior (*Reorganización gubernamental. El Parlamento y el nuevo Gobierno*, «Mundo», n.º 28, 17 de noviembre de 1940; *En Bolivia se ha formado un nuevo gobierno de concentración nacional*, «Mundo», n.º 75, 12 de octubre de 1941).

¹⁴ La posibilidad democratizadora del radical Ortiz se quiebra con su enfermedad y posterior dimisión. (Véase A. GALLETI, ob. cit.)

¹⁵ Con la muerte de Aguirre Cerdá, la toma del poder por Juan Antonio Ríos y el derrumbamiento del Frente Popular al formar parte del Gobierno un grupo derechista (*En el nuevo Gobierno formado en Chile tienen representación las izquierdas y un grupo liberal*, «Mundo», n.º 100, 5 de abril de 1942).

LAS RELACIONES INTERNACIONALES DE LOS ESTADOS UNIDOS
Y LAS REPÚBLICAS AMERICANAS (1939-1943)¹⁶

Dado que la etapa objeto del análisis se encuentra plenamente inmersa en el espíritu de «buena vecindad», lógicamente se debe rastrear la puesta en marcha de tal política, que tan buenos dividendos proporcionó a Estados Unidos.

Según ello, la división del presente estudio en dos puntos: el origen de la «buena vecindad» (1923-1939) y la «buena vecindad» durante la guerra (1939-1943), presentando como colofón el estudio crítico de la política del «buen vecino».

I. *Los precedentes (1923-1939)*

«Los Estados Unidos deben ser sinceros con aquellas potencias [europeas] con las que mantenemos amistosas relaciones y declarar que consideraríamos

¹⁶ La bibliografía sobre problemas americanos es bastante prolífica y, sobre todo, abundante cuando aborda cuestiones muy recientes, polemizando en torno a la actuación de Estados Unidos en Latinoamérica de 1945 a nuestros días. Esta variedad hacía necesaria una selección que, aunque escueta, fuese representativa de las diversas tendencias. Tal vez, los libros que a continuación se reseñan clarifiquen las posiciones:

J. B. DUROSELLE, *Política Exterior de los Estados Unidos*, Fondo de Cultura Económica, 1965. La obra aparece como representativa de una vía media. Eminentemente descriptiva, analiza la ascensión política internacional de Estados Unidos entre 1913 y 1945. Subrayando los complejos problemas norteamericanos en la segunda guerra mundial, su atención a Latinoamérica, dentro del conjunto, es muy breve y sin grandes motivaciones políticas.

En 1967, con raro sincronismo, surgen dos libros, polémicos y contradictorios.

H. L. MATTHEWS y K. H. SILVERT defienden en *Los Estados Unidos y América Latina*, citado anteriormente, los puntos de vista norteamericanos. Y ello que el libro se encuentra en la línea avanzada de la Alianza para el Progreso, personalizada por el presidente Kennedy. La misma línea antiimperialista y denunciadora de los grupos de presión, que se plasma en JACK NEWFIELD, *Una minoría profética. La nueva izquierda norteamericana*, Ediciones Martínez Roca, S. A., Barcelona, 1969.

Por el contrario, HERNÁNDEZ-RAMÍREZ NECOCHEA —*Los Estados Unidos y América Latina*, colección Vertientes de la Libertad, Editorial Palestra, 1967— ve, lógicamente, los problemas desde la perspectiva latinoamericana, recelosa, no sin fundamento, de la falsa ayuda norteamericana.

De muy reciente aparición, el libro de JUAN BOSCH —*De Cristóbal Colón a Fidel Castro*, Ediciones Alfaguara, Madrid-Barcelona, 1970— constituye una lograda síntesis de la historia de Centroamérica hasta nuestros días. Apasionante, sobre todo, al analizar el acontecer histórico contemporáneo.

El presente artículo, sin omitir tales precedentes, estudia preferentemente un momento concreto de las relaciones americanas y —no hay que olvidarlo— desde la óptica española, coetánea a los hechos analizados. De ahí la sujeción a la terminología empleada en una de las revistas más caracterizadas del momento: *Mundo*. Por ello, la dualidad planteada en la denominación entre Hispanoamérica y Latinoamérica se resuelve a favor de la primera. Quizás pura cuestión de nombre en nuestros días, no lo fue tal —como se sabe— en los años de la contienda mundial.

un atentado por su parte el extender su dominación a cualquier sector de este territorio, como peligroso para nuestra paz y nuestra seguridad»¹⁷.

Pronunciadas como autodefensa estas palabras por el presidente Monroe, cuando todavía la nación no había alcanzado su efectivo potencial, iban a convertirse, al compás del crecimiento económico y militar de Estados Unidos, en el trampolín que serviría a su imperialismo expansivo.

La doctrina de Monroe —ampliada luego— venía a acotar cualquier posibilidad de intervencionismo europeo en el hemisferio occidental. Pero, años más tarde, el imperialismo norteamericano entendía que la prohibición de cualquier intervención europea en América implicaba automáticamente la intervención norteamericana en el centro y sur del hemisferio, para evitar precisamente la posibilidad de la primera.

El monroísmo, que tan sólo prohibía la presencia europea, había sido completado, a principios del siglo XX, por el derecho a la intervención norteamericana según el corolario de Theodore Roosevelt. Se sancionaba con éste la etapa de los desembarcos de *marines*, de protectorados, de presiones militares, en suma, efectuadas bajo el pretexto de incumplimientos económicos y financieros, o de restauración del orden conculcado, siempre antes de que potencias europeas, también acreedoras respecto a las naciones hispanoamericanas, se anticipasen a Estados Unidos. En definitiva, la intervención yanqui debía ser entendida como un mal menor.

Dos factores, al término de la primera guerra mundial, denunciaron, al menos en teoría, el anacronismo del monroísmo, completado por el corolario Roosevelt, determinando la apertura hacia una tímida, pero progresiva, política de «buena vecindad».

a) De un lado, la Europa salida de la Gran Guerra presentó un aspecto tan débil que era impensable que pudiese convertirse en agresor del continente americano, con lo cual las intervenciones norteamericanas, llevadas a cabo —según Washington— para evitar las europeas, ya no podían siquiera justificarse ni en su aspecto teórico.

b) De otro, la ola de prosperidad, que favorecía la distensión mundial, alcanzó también a las Repúblicas hispanoamericanas, pasando ya a la historia las épocas de insolvencia, con lo que la ocupación norteamericana, que en ocasiones se había hecho bajo la excusa de la misma, tampoco podía ser mantenida. Es más: la prosperidad proporcionaba cierta estabilidad a los gobiernos hispanoamericanos, no dando excesivo pie con ello a la intervención yanqui. Por estas causas, en la década de los veinte se asiste al germen de la «buena vecindad», que cristalizará en los años treinta.

Por primera vez, la doctrina monroísta iba a ponerse en total evidencia en la conferencia de Santiago (1923), aduciendo precisamente los argumentos señalados. Pero las proposiciones de Santiago no prosperaron, y tal fracaso, añadido a una nueva ocupación de Nicaragua por *marines* norteamericanos

¹⁷ Fragmento del presidente James Monroe al Congreso, el 2 de diciembre de 1823.

a fines de 1926, provocó un creciente malestar antinorteamericano que, encauzado por Argentina, nación que desde entonces se enfrentó a Washington, estalló en la conferencia panamericana de La Habana (1928). El tono áspero de estas reuniones, en las que los Estados Unidos se encontraron aislados, les abrió los ojos: Kellog, desde el Departamento de Estado, encargó a su subsecretario Clarck una revisión de la doctrina Monroe. Esa revisión, conocida por *Memorandum Clarck*, aunque mantenía el monroísmo, anulaba su corolario; aquél, que se dirigía contra las posibles intervenciones europeas, no debía aplicarse a las relaciones puramente interamericanas.

Pero la conferencia de La Habana impresionó aún más al presidente electo, Hoóver. La Administración Hoover, con Stimson en el Departamento de Estado, dio grandes pasos hacia la «buena vecindad», llegando incluso a renunciarse teóricamente al principio del no reconocimiento para condenar a gobiernos establecidos mediante revoluciones. Sin embargo, correspondió al presidente Roosevelt dar cima a tal proceso al tiempo que lo caracterizaba nominalmente:

«En el terreno político yo orientaría nuestra nación hacia la política del "buen vecino": el vecino que decididamente se respeta a sí mismo y, por ende, respeta el derecho de los demás. El vecino que respeta sus obligaciones y respeta lo sagrado de los compromisos en y con un mundo de vecinos»¹⁸

Siguiendo su pensamiento, Roosevelt dio el último paso hacia su política de «buena vecindad»: la aceptación de la doctrina de no intervención, admitida por Estados Unidos en la nueva conferencia panamericana de Montevideo (1933). En efecto; el artículo VIII del convenio de Montevideo declara: «Ningún Estado tiene el derecho de intervenir en los asuntos internos o externos de otro Estado.» Y, por si quedase alguna duda al respecto, en la conferencia de Buenos Aires de 1936 surgió un protocolo especial relativo a la no intervención.

Las decisiones tomadas en el plano teórico fueron inmediatamente corroboradas en la práctica por Estados Unidos. Así, en cuanto a Cuba, el 31 de mayo de 1934 el Senado derogó el Tratado de Relaciones Perpetuas de 1903, que incluía la Enmienda Platt. En 1936 se invalidó totalmente el tratado que concedía derecho a intervenir en Haití, mientras en 1939 se ratificó el acuerdo con Panamá aboliendo el protectorado.

Con todo ello, se renunciaba totalmente al principio de intervención y se llegaba a un punto culminante de «buena vecindad», precisamente en vísperas de la segunda guerra mundial. Sin embargo, tal política no presupone la no intervención absoluta. Realmente en los sucesos posteriores puede observarse cómo Estados Unidos interviene, y muy activamente, en Hispanoamérica; cómo llega a presionar a diversas naciones para alinearlas a su política antieje, bien incitando a la ruptura de relaciones, bien a la declaración de guerra.

¹⁸ Discurso de toma de posesión del presidente Roosevelt, el 4 de marzo de 1933.

II. *La buena vecindad durante la guerra: la solidaridad americana (1939-1943)*

Este segundo punto puede dividirse, para su mejor estudio, en diversas fases.

A) *El principio de la guerra: las conferencias de Panamá y La Habana (1939-1940)*

Ya en la conferencia de Buenos Aires de 1936, Estados Unidos, cuando aceptó el principio de no intervención, intentó sustituir su desechada tutela por una asamblea multilateral, encargada de solucionar en el futuro los posibles problemas que se planteasen. Lógicamente, a la cabeza de la misma seguiría Washington, en virtud de su mayor poderío económico y militar. Del monólogo se pasaba al diálogo, aunque, ciertamente, uno de los interlocutores tendría realidades concretas en las que apoyar sus palabras.

Entonces se propuso la «Declaración de principios de solidaridad de América», que no prosperó por la oposición de Argentina. Pero cuando, tras la capitulación de Munich (30 de septiembre de 1938), se reunió la conferencia panamericana regular en Lima (diciembre de 1938), Cordell Hull, secretario del Departamento de Estado, consiguió, invocando las amenazas europeas, la votación de aquella propuesta conocida ahora como «La Declaración de Lima». Por ésta se preveía que «en el caso de una amenaza contra la paz, la seguridad o la integridad territorial de una República americana, los ministros de Relaciones Exteriores de las veintiuna Repúblicas se reunirían para consulta, bastando para ello que uno solo lo solicitara»¹⁹.

En virtud de tal acuerdo, al estallar la guerra convocóse, a petición de Estados Unidos, la conferencia de Panamá (23 de septiembre a 9 de octubre de 1939). Entre otras cosas, la conferencia estableció una faja de seguridad costera para todos los Estados americanos, limitada por una línea que, partiendo de la frontera del Canadá, se dirigía al sur a distancias de la costa comprendidas entre 300 y 900 millas; línea que, al pasar por delante de Estados Unidos, coincide con el meridiano 50 grados oeste²⁰.

Con el estallido de la guerra, el primer movimiento panamericano, meramente defensivo, consistió en la asignación de una faja costera de seguridad que, oscilante entre 300 y 900 millas, debía evitar las salpicaduras de la contienda, a la par que Estados Unidos mantenía cierta prudente neutralidad, si bien realizaba una petición (aceptada allí) en el sentido de que muchos de sus buques mercantes fuesen transferidos a pabellón panameño, con el fin de poder entrar en aguas beligerantes, burlando así la ley de neutralidad norteamericana.

¹⁹ J. B. DUROSELLE, ob. cit., p. 452.

²⁰ *Los Estados Unidos tratan de proteger los transportes que abastecen a Inglaterra sin declarar la guerra a Alemania*, «Mundo», n.º 73, 28 de septiembre de 1941.

Al derrumbamiento de Francia (junio de 1940) le siguió la conferencia de La Habana (21-30 de julio de 1940)²¹. En ella se trató de la situación jurídica de las tierras americanas, colonias de las potencias europeas vencidas por Alemania. Constituido un protectorado ejercido en la práctica por Estados Unidos, se observa en La Habana un fenómeno que en el transcurso de la guerra iría ampliándose: las reivindicaciones de pequeños territorios que, como Belice o las Malvinas (en estos casos, en poder de Inglaterra), propugnan los países americanos afectados —Guatemala y Argentina—, a cambio de la adhesión plena a Estados Unidos. Adhesión, por otra parte, inevitable, por cuanto que la guerra inicialmente produjo el colapso de la economía hispanoamericana y su adscripción forzosa a Estados Unidos. Consciente de ello, Washington logró acuerdos sobre la defensa común, doblados todos ellos por concesiones de bases. Iniciábase así una trayectoria larga en la política norteamericana.

B) *El progresivo despliegue territorial norteamericano:
la política de bases (1940-1943)*

Propiamente este punto se desarrolla a lo largo de toda la extensión cronológica del trabajo. Pero dado que tal fenómeno se inicia en 1940 y se desarrolla sobre todo a fines de ese año y a lo ancho de 1941, en paralelo creciente con el deslizamiento hacia la beligerancia, aunque su realidad temporal sobrepase la conferencia de Río de Janeiro (enero de 1942), que no hará sino redondearlo, en aras de una mayor claridad en la síntesis se expone ahora. También por la misma claridad en la exposición, pese a que los asentamientos norteamericanos en las bases sean muy dispares en el espacio y en el tiempo, pueden agruparse en tres grandes zonas, más aún si se tiene en cuenta que los emplazamientos iniciales, en cada una de estas regiones, sí que responden a una fidelidad cronológica.

Estas tres grandes regiones son las siguientes:

1.^a *El mar de las Antillas y el canal de Panamá.*—Tal movimiento lo inicia Estados Unidos a partir del 3 de septiembre de 1940 con el canje de cincuenta destructores por bases navales, efectuado con Gran Bretaña²². Merced a tal acuerdo, Washington obtiene bases en las Bahamas, Jamaica, Antigua, Santa Lucía, Trinidad y Guayana, reforzando así el semicírculo en derredor del gran mar interior americano.

Estas cesiones, hechas realidad en abril de 1941²³, interesaban a Estados

²¹ *Crisis de los dominios europeos en América*, «Mundo», n.º 10, 14 de julio de 1940; *La Conferencia panamericana de La Habana*, «Mundo», n.º 12 y 13, 28 de julio y 4 de agosto de 1940.

²² *Los Estados Unidos se colocan al lado del Imperio Inglés*, «Mundo», n.º 18, 8 de septiembre de 1940.

²³ *Los Estados Unidos consuman la ocupación de las bases navales y aéreas cedidas por la Gran Bretaña*, «Mundo», n.º 48, 6 de abril de 1941.

Unidos, sobre todo, porque ayudaban a resguardar su mayor zona vital: el canal de Panamá. En efecto, las dificultades técnicas del canal en sus esclusas, perdonables todavía para el tránsito mercante, pero insuficiente para el paso de los grandes buques militares (hasta el punto de que al crucero inglés *Hood* sólo le sobró 1'20 metros de anchura al atravesarlo), lo hacen propicio a que un ataque militar fortuito (la aviación primordialmente) pueda inutilizarlo. Se llega a pensar incluso en la construcción de un nuevo canal, emplazado en la región más idónea. Nicaragua, más tardíamente, en octubre de 1943, ofreció a Estados Unidos el territorio nacional preciso para la construcción de un canal interoceánico²⁴.

Pero de momento (1940), muy remota tal posibilidad (tenía que realizarse en paralelo con los grandes presupuestos militares norteamericanos o con aquellos otros destinados a absorber las materias primas hispanoamericanas), la necesidad primaria obliga a la estrecha vigilancia del canal y sus accesos. De aquí, la enérgica eliminación de cualquier elemento discordante en esta zona.

a) *La crisis panameña: de Arnulfo Arias a Ricardo Adolfo de la Guardia*.—«Por una ironía del destino, el único jefe de Estado que en la América Central expresó abiertamente sus simpatías por los Estados totalitarios fue el jefe del Estado que se extiende a los dos lados del canal, el punto más delicado de la defensa de Estados Unidos»²⁵.

En efecto, la crisis abierta en Panamá con la revolución nacionalista del 2 de enero de 1931 pareció cerrarse cuando una coalición de partidos eligió, en junio de 1940, como presidente a Arnulfo Arias. Este prontamente dio al Estado un tinte nacionalista y antinorteamericano. El mismo día de la toma de posesión (1 de octubre de 1940) hizo unas declaraciones significativas, exigiendo un trato igualitario con Estados Unidos, corroboradas al día siguiente con palabras más explícitas: «Los Estados Unidos saben, ciertamente, que, sobre la base de la amistad y acercamiento, pueden asegurarse un máximo de colaboración por parte de Panamá, reforzando así sus intereses vitales en la zona del canal. Pero deben saber también que, en el caso de que se muestren indispuestos contra Panamá, esta República, aunque débil y desprovista de medios materiales que permitan la salvaguardia de sus derechos, podrá, en represalia, perjudicar grandemente los intereses de los Estados Unidos, haciendo concesiones a otros países perfectamente capaces de defender a Panamá»²⁶.

Esta advertencia a Estados Unidos con veladas alusiones al Eje se hizo todavía más clara cuando, en la conmemoración del décimo aniversario de la

²⁴ *Nicaragua ofrece a Estados Unidos el territorio nacional preciso para construir un canal interoceánico*, «Mundo», n.º 180, 17 de octubre de 1943.

²⁵ *Los norteamericanos refuerzan las defensas del canal de Panamá*, «Mundo», n.º 99, 29 de marzo de 1942.

²⁶ *Panamá ha celebrado el X aniversario de la revolución nacionalista con la puesta en vigor de la nueva Constitución*, «Mundo», n.º 37, 19 de enero de 1941.

revolución nacionalista, el 2 de enero de 1941, el presidente Arias reformó la Constitución sobre una base antiliberal y antidemocrática, reforzando el poder ejecutivo. Todo parecía conjugarse para presentar a Arias como amigo de las potencias totalitarias.

Por ello, cuando el presidente Arias se negó a la petición de Washington en el sentido de que los buques mercantes propiedad de norteamericanos, pero bajo pabellón panameño, fuesen armados (como respuesta a determinados hundimientos: el incidente naval del *Greer*), para, una vez más, burlar la aún vigente ley de neutralidad yanqui, sus días al frente del poder ejecutivo estaban contados.

La causa inmediata (la negativa de armar a los citados buques), dado que pronto iba a derogarse totalmente la ley de neutralidad (8 de noviembre de 1941), más bien servía de pretexto para alejar cualquier peligro entrevisto en las declaraciones arriba citadas.

De todas formas, en octubre de 1941 el presidente Arias era sustituido por el ministro de la gobernación, Ricardo Adolfo de la Guardia ²⁷.

b) *La fisura en las Pequeñas Antillas: las islas francesas de Martinica y Guadalupe*.—Firmado el armisticio con Alemania, Francia conservó íntegra la flota y las colonias. De aquí que las colonias francesas en América pasasen a depender del Gobierno de Pétain. La Martinica y Guadalupe, en el centro de las Pequeñas Antillas, podían, en manos de un gobierno colaboracionista, provocar una fisura en el sistema defensivo norteamericano. Esta posibilidad remota adquirió graves caracteres, cuando los submarinos alemanes llegaron, en marzo de 1942, a agredir a la isla de Santa Lucía, en las Pequeñas Antillas ²⁸. Incluso llegó a insinuarse que los submarinos alemanes se aprovisionaban en las islas francesas.

No obstante, la intervención norteamericana en este pequeño sector no revistió las enérgicas notas de la panameña: lógicamente, el valor estratégico era aquí mucho menor. Por esta razón, y para evitar una desagradable reacción alemana en Francia, inevitable ante un hecho que Berlín hubiese juzgado contrario al espíritu del armisticio, Estados Unidos actuó con pausa ante un problema que hubiese podido solucionar impunemente. Iniciadas, en enero de 1941 ²⁹, las conversaciones entre el almirante Leahy, embajador norteamericano en Vichy, y Pétain, sobre la base de la transferencia de las islas, como bases, a Estados Unidos, el fracaso de las mismas llevaría a una progresiva tensión entre el Gobierno Pétain y Washington, que se solucionaría cuando, anulado virtualmente el primero tras la ocupación total de Francia,

²⁷ *El ministro de Gobernación, Ricardo Adolfo de la Guardia, sustituye al Dr. Arias en la presidencia de Panamá*, «Mundo», n.º 76, 19 de octubre de 1941.

²⁸ *La hazaña de Port Castries, en la isla de Santa Lucía, compromete el dominio anglosajón en las Antillas*, «Mundo», n.º 98, 22 de marzo de 1942.

²⁹ *La Martinica puede ser el punto vulnerable de la defensa norteamericana en el mar Caribe*, «Mundo», n.º 35, 5 de enero de 1941.

Estados Unidos consiguió del almirante Robert, alto comisario de la América francesa, la adhesión a la petición norteamericana (mayo de 1943)³⁰.

2.^a *La posibilidad de la guerra intercontinental: el control del continente americano.*—Pero Estados Unidos no se contentó con asegurar la defensa del canal y de su «Mar Mediterráneo». Su despliegue territorial lo realizó también en toda América.

La causa profunda de tal movimiento se debió fundamentalmente a la posibilidad de una guerra intercontinental, en el supuesto de que Alemania, viniendo a la Gran Bretaña en su misma isla, la obligase a trasladarse a sus dominios³¹, desde donde proseguir la guerra. En tal caso el bloqueo, que el Gobierno británico —merced a su flota— realiza ahora en las mismas puertas de Europa (a lo largo de una línea jalonada por Gibraltar, canal de la Mancha, arco de las Shetland a Noruega), tendría que llevarse a los puntos de partida de los productos comerciales: los puertos americanos. De aquí la necesidad de controlar, mediante bases, todas las materias primas hispanoamericanas³².

Hasta principios de 1941, cuando la posibilidad de claudicación de Inglaterra no era aún remota, tal opinión quizás podía mantenerse.

El primer intento expansivo, en Punta del Este (24 de noviembre de 1940)³³, emplazamiento que dominaba la arteria vital del Río de la Plata, así parecía corroborarlo. Y al mismo tiempo abrió una inicial etapa polémica en las relaciones de Estados Unidos y la Argentina. En efecto, Argentina se opuso abiertamente a la oferta que Uruguay había realizado ya en la conferencia de La Habana (julio de 1940). En consecuencia, al anuncio de la concesión de tal base a Estados Unidos siguió un período de conversaciones uruguayo-argentinas que desembocaron en la convocatoria de una conferencia —la del Plata—³⁴ que, reunida en febrero de 1941, con carácter regional (asistieron Argentina, Uruguay, Brasil, Paraguay y Bolivia; Estados Unidos, como observador), no llegó a solucionar la cuestión de las bases navales.

Pese a estas oposiciones, lo cierto es que Estados Unidos prosiguió en su movimiento expansivo, y así el 26 de noviembre de 1941 puso pie en la Guayana holandesa. Es más: tras Pearl Harbour (7 de diciembre de 1941) sus pretensiones fueron totalmente apoyadas, adquiriendo bases en el nor-

³⁰ *El almirante Robert, alto comisario de la América francesa, ha firmado un pacto de inteligencia con los Estados Unidos*, «Mundo», n.º 156, 2 de mayo de 1943.

³¹ *El Canadá, último baluarte preconizado por Wiston Churchill*, «Mundo», n.º 15, 18 de agosto de 1940.

³² *Si la actual guerra se convirtiese en intercontinental, Europa tropezaría con graves dificultades económicas*, «Mundo», n.º 32, 15 de diciembre de 1940.

³³ *Los Estados Unidos en el Río de la Plata*, «Mundo», n.º 29, 24 de noviembre de 1940; *A propósito de la defensa del Plata*, «Mundo», n.º 33, 22 de diciembre de 1940.

³⁴ *Ante la conferencia del Plata*, «Mundo», n.º 39, 2 de febrero de 1941; *Defensa común y unión aduanera son los acuerdos a que han llegado la Argentina y el Uruguay*, «Mundo», n.º 33, 22 de diciembre de 1940.

deste del Brasil (septiembre de 1942) y en las islas Galápagos y península de Santa Elena, cedidas estas últimas por el Ecuador (septiembre de 1942).

3.ª *El despliegue territorial hacia Europa: bases en el Atlántico.*—A partir de la promulgación de la Ley de Préstamo y Arriendo (11 de marzo de 1941), la ayuda por parte de Estados Unidos a Gran Bretaña se intensificó. Desde entonces sucesivas medidas norteamericanas fueron encaminadas a la protección de los convoyes. Dentro de las mismas, destacan los sucesivos emplazamientos que los norteamericanos obtienen o desean obtener, como jalones, en las dos rutas más frecuentadas del Atlántico:

a) La ruta del norte, merced a la cual Estados Unidos se instala, entre junio y julio de 1941, en Groenlandia e Islandia, hablándose incluso de posiciones en Irlanda.

b) La ruta del sur, destinada a enlazar las pretendidas —y luego adquiridas— bases del nordeste brasileño con las posiciones inglesas en el Africa occidental. De ahí el problema de las Azores, totalmente inmersas en dicha vía. No obstante, pese a las presiones estadounidenses, las Azores no se constituyeron en bases aliadas hasta octubre de 1943 en que el Gobierno portugués concedió «facilidades especiales»³⁵ a Gran Bretaña.

Esta relativa expansión en el Atlántico se vio compensada negativamente cuando los norteamericanos perdieron sus posiciones en el Pacífico (Pearl Harbour).

C) *La conferencia de Río de Janeiro: actitudes previas y acuerdos definitivos (enero de 1942)*

Para su mejor estudio, este capítulo puede dividirse en dos apartados:

1.º *Actitudes previas.*—Pearl Harbour no significó sólo la pérdida de posiciones en el Pacífico y la entrada en guerra de Estados Unidos, sino que en las relaciones interamericanas puso a prueba el espíritu de solidaridad continental. Tras la agresión, de acuerdo con «La Declaración de Lima» (1938), Washington convocó a una conferencia extraordinaria a todas las Repúblicas americanas; fue ésta la conferencia de Río de Janeiro (15-28 de enero de 1942).

Las opiniones de las distintas Repúblicas americanas ante el hecho consumado, previas a la conferencia, son ya distintas, aunque todas ellas muy favorables a Estados Unidos.

Antes de iniciarse la conferencia, se vislumbran claramente tres formas distintas de solidaridad, muy estrechamente unidas, eso sí, a la mayor o menor vinculación económica con Estados Unidos. Ya desde 1940, por su relación con Norteamérica, se distinguen tres grandes regiones económicas hispanoamericanas³⁶.

³⁵ *Inglaterra obtiene facilidades especiales en las Azores*, «Mundo», n.º 180, 17 de octubre de 1943.

³⁶ *Los anglosajones organizan la defensa del hemisferio occidental*, «Mundo», n.º 26, 3 de noviembre de 1940.

En un primer grupo figuran aquellos países cuyas relaciones económicas con Estados Unidos son muy elevadas. Así Centroamérica y las Antillas y algún que otro país de América del Sur. Cuba le compra a Estados Unidos el 69 % de sus importaciones, vendiéndole el 81 % de sus exportaciones. Méjico, el 62 y 56, respectivamente; Honduras, 58 y 89; Nicaragua, 54 y 55; Venezuela, 53 y 14 (en su caso debe tenerse en cuenta que Estados Unidos no necesita de la exportación venezolana, cuyo primer producto es el petróleo); República Dominicana, 52 y 35; Panamá, 52 y 90; Haití, 51 y 28; Colombia, 48 y 64; Guatemala, 45 y 64; Costa Rica, 43 y 45; El Salvador, 40 y 61.

En un segundo grupo figuran naciones con un comercio todavía excelente: así, Ecuador, 40 y 33; Perú, 35 y 22; Bolivia, 28 y 7.

Por último, a la tercera región pertenecen los países de menos intercambios comerciales con Norteamérica. Casos de Chile, con 29 y 22 (sólo el salitre, muy importante por ulteriores repercusiones, es la materia prima exportable); Brasil, 23 y 36 (en su caso, el café para Río, y luego el caucho, serán las materias primas exportables); Argentina, 16 y 13; Uruguay, 14 y 14, y Paraguay, 8 y 8.

En paralelo con estas vinculaciones económicas, las posiciones en Río fueron las siguientes ³⁷:

a) Países que, como Cuba, Honduras, Nicaragua, República Dominicana, Panamá, Haití, Guatemala, Costa Rica y el Salvador, han declarado la guerra al Eje, ya antes de convocarse la conferencia. (Todos pertenecen al primer grupo antes señalado.)

b) Países que, como Méjico, Venezuela, Colombia (pertenecen al primer grupo económico), Perú y Bolivia (se adscriben a la segunda región económica), han roto relaciones diplomáticas con el Eje, al propio tiempo que han bloqueado los haberes japoneses, también, en su caso, antes de la conferencia.

c) Estados, como Chile, Brasil, Argentina y Uruguay (todos dentro del tercer grupo), para los que la solidaridad continental no les permite abstenerse de posición, pero, como máximo, utilizan un eufemismo para definir su política favorable a Estados Unidos: son neutrales, pero no consideran a Estados Unidos como beligerante, lo que permite a tal nación usar libremente de los puertos de estas Repúblicas.

Posiciones muy distintas, pero todas muy favorables a Norteamérica. Mucho más ahora en que la ofensiva del Japón sobre Malaca y las Indias Holandesas obliga a los anglosajones a proveerse en América de las materias primas —el caucho y el estaño— que extraían antes de Asia. Esta posibilidad de expansión económica determinó la alineación de ciertos países —como el Brasil, por ejemplo— a la causa estadounidense.

Con la defección del Brasil, el grupo de Estados afectos a una neutralidad

³⁷ *La posición de América ante la Conferencia de Río de Janeiro es favorable a la política de los Estados Unidos*, «Mundo», n.º 89, 18 de enero de 1942.

benévola quedó reducido prácticamente a dos naciones importantes: Argentina y Chile, y de éstas fue Argentina quien con mayor coraje hizo frente en Río de Janeiro a Washington. Este país llegó a denunciar la política de la «buena vecindad» como transitoria, coyuntural, muy vinculada a la personalidad del presidente Roosevelt³⁸, de modo que —argumenta— es probable que cese cuando aquél abandone el poder. Por ello frente a la tendencia yanqui de la defensa continental —con arrendamientos de bases, posibles servidumbres futuras—, se inclinó más bien por una organización colectiva de la defensa regional, tesis que ya mantuvo en la aludida conferencia del Plata, mediante la cual hizo fracasar la cesión por Uruguay de la base de Punta del Este a Estados Unidos. En definitiva, Argentina es partidaria de mantener el bloque del ABC (Argentina, Brasil y Chile), que antaño había logrado equilibrar en ocasiones el fiel de la balanza frente a Norteamérica.

Pero el aislamiento diplomático que tanto Argentina como Chile encuentran en la conferencia, y que llega a su punto álgido cuando Getulio Vargas, presidente del Brasil, en los mismos días de su desarrollo materializa su actitud pro yanqui³⁹ (frente a la antigua coalición a la que pertenecía) procediendo a la incautación de los bienes del Eje, les obliga a deponer su actitud no sin antes modificar en alguna forma los términos de los acuerdos.

2.º *Acuerdos definitivos.*—En efecto, a causa de la cerrada oposición chileno-argentina se advierte una relativa diferencia entre los proyectos presentados y los artículos aprobados⁴⁰. Tomemos como ejemplo el tercer apartado de los cuatro de que consta el acuerdo final de Río.

³⁸ *Frente al Eje, la actitud de las Repúblicas americanas está condicionada por sus relaciones económicas con los Estados Unidos*, «Mundo», n.º 90, 25 de enero de 1942.

La crítica hecha a la «buena vecindad» por Argentina coincide curiosamente con la formulada por Hernán-Ramírez Necochea, si bien esta convergencia se efectúa desde presupuestos ideológicos muy dispares. Mientras que las objeciones argentinas, coetáneas al despliegue del «buen vecino», se realizan desde actitudes semifascistas, influidas por la propaganda nazi, el autor chileno habla con la perspectiva histórica y la desilusionada experiencia de los hechos ya acaecidos.

«La política de "buena vecindad" no es la expresión de un cambio interno esencial. Tampoco es reflejo de un impulso del Gobierno de los Estados Unidos tendente a dejar de ser lo que siempre había sido: instrumento u órgano político del imperialismo. La política de "buena vecindad" no surgió del amor o de la comprensión desinteresada, sino que fue engendrada por el temor. Más aún: fue el resultado de una ineludible presión externa a la que se dio una aceptación formal. En el fondo, los Estados Unidos comprendieron que los tiempos estaban cambiando y que el horizonte no se presentaba despejado para el imperialismo norteamericano. Se estaba en medio de una crisis para la cual no se divisaban soluciones seguras. Y así como en el plano interno fue necesario adoptar la política reformista del New Deal, en el plano interamericano fue forzoso adoptar otra política reformista: la "buena vecindad".» (HERNÁN-RAMÍREZ NECOCHEA, ob. cit., pp. 28 y 29.)

³⁹ *Brasil es el país americano que con mayor entusiasmo colabora con los Estados Unidos*, «Mundo», n.º 98, 22 de marzo de 1942.

⁴⁰ *La Conferencia de Río de Janeiro, como se esperaba, ha seguido a los Estados Unidos en su política contra el Eje*, «Mundo», n.º 91, 1 de febrero de 1942.

El proyecto del artículo III, presentado por Méjico, Venezuela y Colombia, inicialmente decía así: «Las Repúblicas americanas declaran que, aplicando sus derechos soberanos y de conformidad con los poderes de sus instituciones constitucionales, no pueden proseguir sus relaciones diplomáticas con el Japón, Alemania e Italia, ya que el Japón atacó y las otras dos naciones declararon la guerra a una nación del continente americano.»

Tras larga discusión, el artículo aprobado se expresó de la siguiente forma: «Las Repúblicas americanas, conforme al procedimiento estipulado en sus leyes internas, y teniendo en cuenta la situación y circunstancias de cada República por lo que se refiere al conflicto actual, recomiendan la ruptura de relaciones con el Japón, Alemania e Italia, porque una de estas naciones fue la primera en atacar a los Estados Unidos y porque los otros dos países declararon la guerra a una nación americana.»

De la forma imperativa del proyecto a la suave recomendación del artículo, las diferencias son evidentes, pero el fondo sigue siendo el mismo, dado que la recomendación lleva las firmas de todos los países de América, con lo que muy difícilmente podíase eludirla, a no ser que «la situación y circunstancias de cada República, por lo que se refiere al conflicto actual», lo impidiesen, reserva esta última pedida con insistencia por los delegados chilenos y argentinos. Concretamente, «la situación» alude a Chile, mientras que «las circunstancias» se refieren a Argentina.

En efecto, Chile condicionó la ruptura de relaciones con el Eje a ciertas seguridades, que le dieran los estados mayores en las próximas reuniones de Washington, en relación con el carácter de su situación: un largo y extenso litoral sobre el Pacífico, susceptible de ataque. Pero lo paradójico de su caso es que Chile exigió tales seguridades cuando con anterioridad, el 14 de diciembre de 1941, declaró que se opondría a toda petición de cesión de bases en su territorio. ¿Cómo, pues, pueden dársele seguridades plenas para un larguísimo litoral, sin concesión de bases? La negativa chilena de diciembre —mantenida ahora— y la petición a la que condicionó su ruptura son, por tanto, contradictorias, y todo pareció indicar que Chile se proveyó con ello de un ardid para no romper con el Eje.

Por otra parte, Argentina impuso la dificultad de «las circunstancias», objeción en cierto modo lógica en un país de tradicional inmigración italiana.

Pero con la inclusión de estas objeciones todos los países firmaron los artículos de Rfo —entre los que había también muchos acuerdos económicos—, lo que supuso la adhesión de toda América a la Carta del Atlántico y, en definitiva, a los fines de guerra de las democracias.

D) Las agresiones alemanas en el Atlántico: las declaraciones de guerra de Méjico y Brasil (marzo-agosto de 1942)

Los incidentes navales entre las potencias del Eje, que acosaban a los convoyes aliados, y las naciones americanas se estaban produciendo desde

antes de la entrada en guerra de Estados Unidos⁴¹. Pero con la intervención norteamericana en la guerra y la serie de actos hostiles (declaraciones de guerra, ruptura de relaciones) al Eje, producidos incluso antes de la conferencia de Río, estos incidentes se agravaron. El Eje, y más concretamente Alemania, no tardó mucho en intensificar su acción submarina en zonas propiamente americanas. Así (véase nota 28) en marzo de 1942 hizo acto de presencia con la agresión a Port Castries, en la isla de Santa Lucía y muy cerca de la misma base norteamericana. En el mismo mes hostilizó también a las islas holandesas de Aruba y Curaçao⁴², determinando el envío de contingentes yanquis a esta zona.

La tensión en torno a los progresivos hundimientos alemanes en radios de acción americanos creció, estallando gravemente por primera vez en junio de 1942. En efecto, el hundimiento de dos petroleros mejicanos por submarinos alemanes provocó la declaración de guerra de Méjico el 1 de junio de 1942⁴³.

Pero estos problemas adquirieron caracteres más dramáticos para el futuro cuando, el 22 de agosto de 1942, Brasil declaró la guerra al Eje⁴⁴, también por la misma causa: en esta ocasión el hundimiento simultáneo de cinco buques mercantes. Con tal acto Brasil terminó por consumir su escisión del antiguo ABC para solidarizarse aún más con Estados Unidos, al creer el presidente Vargas que la ayuda norteamericana sería vital —desde el punto de vista económico— para el desarrollo del país.

De momento, la consecuencia inmediata de la declaración de guerra brasileña «no hará más que ofrecer nuevos objetivos a la guerra submarina comercial»⁴⁵. Pero, a la larga, la agresión a un nuevo país americano, que casualmente es la mayor potencia en Sudamérica, acentúa la hostilidad al Eje en las Repúblicas americanas, juzgándose cerca el final de la benévola neutralidad mantenida por Chile y Argentina. La nota de protesta enviada a la cancillería alemana por Chile; el homenaje a las víctimas brasileñas rendido en el Parlamento de Buenos Aires; los comentarios de *La Nación*, periódico porteño, respecto a la solidaridad continental: todo, en suma, prejuzga la cuestión y hace creer en el pronto abandono de la neutralidad chileno-argentina. La consiguiente frustración por la demora en lo que se cree caso fallado desencadenó una grave crisis en las relaciones interamericanas.

⁴¹ Ataque, por parte de un submarino al contratorpedero yanqui *Greer*, el 5 de septiembre de 1941 (*Ejemérides internacionales*, «Mundo», n.º 71, 14 de septiembre de 1941).

⁴² *Los submarinos alemanes dificultan grandemente el aprovisionamiento de petróleo a los Estados Unidos*, «Mundo», n.º 98, 22 de marzo de 1941).

⁴³ *El Gobierno de Méjico ha declarado la guerra a las tres potencias del Eje*, «Mundo», n.º 109, 7 de junio de 1942.

⁴⁴ *Brasil ha declarado la guerra a las potencias del Eje*, «Mundo», n.º 121, 30 de agosto de 1942.

⁴⁵ *Potencial económico del Brasil, nuevo beligerante*, «Mundo», n.º 126, 4 de octubre de 1942.

E) *Las acusaciones de Sumner Welles: la crisis de Chile y Argentina*
(octubre de 1942)

En octubre de 1942, Sumner Welles, subsecretario de Estado norteamericano, lanzó severos ataques contra Chile y Argentina, con ocasión de un discurso pronunciado ante la Conferencia Nacional de las Organizaciones Comerciales. Estas acusaciones⁴⁶ se dividen en dos partes:

1.^a La denuncia de incumplimiento de la solidaridad continental al no secundar la política exterior del resto del hemisferio occidental; tal reproche se basa en el texto de los compromisos concertados en Río: «Las Repúblicas americanas se reafirman en su declaración de que consideran todo acto de agresión de un Estado extracontinental contra uno de ellos como un acto de agresión contra todos, por constituir una amenaza inmediata a la libertad e independencia de América» (artículo 1.º del acta final de Río). Dado que todas las naciones americanas han roto relaciones con el Eje, Chile y Argentina, al no hacerlo, no cumplen debidamente con la solidaridad continental.

2.^a Pero mucho más dolorosa fue la segunda acusación, en la que se insinuaba que los agentes del Eje se servían del territorio de las dos naciones para su labor subversiva contra las demás, teniendo los gobiernos de Buenos Aires y Santiago cierta culpa en el hundimiento de numerosos buques. En particular dolorosa, porque tal acusación equivalía a lanzar a todas las naciones americanas contra Argentina y Chile. Fácilmente se comprenderá la causa.

Días antes del ataque de Sumner Welles, un estudio, con carácter general, de las relaciones económicas entre Estados Unidos y los países hispanoamericanos llegaba a la conclusión de que aquéllas habían aumentado considerablemente desde el comienzo de la guerra⁴⁷, pero dejaba entrever la posibilidad (no exenta de cierta realidad en los balances económicos del momento)⁴⁸ de que la paulatina disminución del tonelaje mercante —a causa de las agresiones

⁴⁶ *Argentina y Chile han rechazado energicamente las acusaciones lanzadas por Sumner Welles*, «Mundo», n.º 128, 18 de octubre de 1942.

⁴⁷ Concretamente Estados Unidos importó de la América hispana en 1941 artículos por valor de mil millones de dólares, doble de la cifra de 1939 (*La guerra ha modificado profundamente las relaciones económicas de los países hispanoamericanos*, «Mundo», número 127, 11 de octubre de 1942).

⁴⁸ Cifras comparativas señalan la disminución comercial de 1942 con respecto a 1941: «En los ocho primeros meses de 1942, la exportación de maíz argentino fue de 135.000 toneladas, frente a 340.000 en la misma etapa de 1941; la del trigo, de 1'5 millones de toneladas, contra 1'78. En el mismo período, Uruguay exportó 70.000 balas de lana, contra 167.000. Igualmente en los cinco primeros meses de 1942 Brasil exportó 4'3 millones de sacos, contra 8'43 en el mismo período de 1941. Cuba exportó en el primer semestre de 1942, 0'92 millones de toneladas de azúcar, frente a 1'49 en la misma etapa de 1941. En general, el año corriente marca una disminución, no sólo en comparación con 1941, sino también con 1940, aunque este inconveniente encuentra cierta compensación por el aumento del valor de las exportaciones.» (*La guerra ha modificado profundamente las relaciones económicas de los países hispanoamericanos*, «Mundo», n.º 127, 11 de octubre de 1942.)

submarinas— quizá obligase, por falta de medios de transporte⁴⁹, a la restricción de las importaciones, limitadas entonces a sus necesidades estrictas. Fácil es suponer el pánico que el anuncio de tal posibilidad podía causar en las naciones hispanoamericanas que, desde la guerra, dependían casi absolutamente de Estados Unidos.

Las acusaciones de Sumner Welles, expuestas ¡casualmente! en la Conferencia Nacional de las Organizaciones Comerciales, sutilmente enlazaban así un problema económico —la ligera contracción observada en los últimos meses de 1942— con el político, puesto que, al conceder ciertas responsabilidades en el hundimiento de buques mercantes a Chile y Argentina, Welles culpaba indirectamente a estos países del relativo bajón comercial en 1942. Equivalía, pues, a enemistar a los mismos con el resto de Sudamérica, al tiempo que formulaba una seria advertencia en el sentido de que la no cooperación de Chile y Argentina podría repercutir desfavorablemente en el resto de América.

Las notas de protesta enviadas a Washington presentaron un débil razonamiento frente a la lógica de Welles.

En la nota argentina se recuerda que ya en julio el presidente Castillo tomó partido antialemán: se impuso una censura, fueron expulsados ciertos elementos del país, e incluso el periódico pro alemán *El Pampero* se vio sistemáticamente privado de papel, impidiéndosele su aparición. No obstante, el Gobierno argentino seguía creyendo en la innecesidad de la ruptura de relaciones. Realmente la dimisión del presidente Ortiz, al reafirmar a Castillo en el poder ejecutivo, ya no con carácter interino, acentuó la política de neutralidad argentina, puesto que ésta «no hubiese sido llevada a efecto de hallarse Ortiz en el poder, con mayor razón tras el hundimiento del *Río Tercero*»⁵⁰.

Por su parte, Chile opina que la conducta norteamericana no ha de ser imitada de modo servil. Reconociendo la agresión de que han sido objeto Estados Unidos, Méjico y Brasil, les presta su colaboración en el terreno político y económico, pero sin llegar a la ruptura de relaciones. El mismo presidente Ríos, con objeto de reafirmar tal posición, suspendió su proyectado viaje a Estados Unidos.

⁴⁹ Los transportes terrestres en Sudamérica, con carácter continuo, son casi inexistentes. Precisamente en estos años surge un interés económico-militar por construir una carretera panamericana. (Respecto a este punto véase *Mundo*, n.º 119, 16 de agosto de 1942; n.º 136, 13 de diciembre de 1942; n.º 141, 17 de enero de 1943.)

Por otra parte, la producción masiva de buques mercantes no llega aún a las cotas de 1943, en que la construcción por serie permitió la creación de un *Liberty* en sólo catorce días (*Diez millones y medio de toneladas de buques mercantes han construido en siete meses los Estados Unidos*, «Mundo», n.º 174, 5 de septiembre de 1943).

⁵⁰ *La dimisión del presidente Ortiz simplifica la política interior y exterior de la Argentina*, «Mundo», n.º 113, 5 de julio de 1942.

F) *La capitulación de Chile: ruptura de relaciones*
(noviembre de 1942 a enero de 1943)

Frente a la actitud argentina, que mantuvo su neutralidad prácticamente durante toda la guerra, Chile capituló en menos de tres meses. Ciertas causas de tipo económico y político motivaron tan rápido cambio.

Tradicionalmente Chile se vinculaba poco a la economía norteamericana (véase más arriba, en la conferencia de Río, las tres grandes regiones económicas). Más bien su exportación se dirigía a los países de Europa, en donde poseía buenos mercados para sus materias primas. Pero la guerra supuso un duro quebranto en la estructura de su comercio, quebranto reconocido por el mismo presidente de la República, quien, dirigiéndose al Congreso, expuso la dramática situación de uno de los productos más vitales en la economía del país: el salitre. «Durante el último año salitrero —1941— se produjeron acontecimientos que agravaron considerablemente las dificultades ocasionadas por el desarrollo de la guerra, y la industria salitrera tuvo que experimentar en sus actividades comerciales e industriales las consecuencias lógicas de la situación mundial, lo que explica que en ese período hayan disminuido la producción, los embarques y el volumen de ventas, a causa de la pérdida de importantes mercados»⁵¹. Sin embargo, el salitre y otras materias primas, en compensación, ganaron terreno en Estados Unidos, que pronto se convirtió en el único mercado importante de Chile, con lo cual la dependencia económica respecto a Norteamérica creció enormemente.

Paralelamente, la situación política del país presentaba signos de inestabilidad. Con la muerte de Aguirre Cerda y la elección de Juan Antonio Ríos como presidente de la República, se había deshecho el Frente Popular, que aquél logró aglutinar a base de elementos radicales y socialistas. Frente a la coalición gubernamental de Aguirre Cerda, Ríos opuso otra en la que dio entrada a grupos derechistas: los liberales de Alessandri (véase nota 15). Aunque la base del Gobierno siguió siendo radical (el mismo presidente era miembro del partido), los liberales del Gobierno, controlando precisamente las carteras de Asuntos Exteriores y Hacienda, frenaron las excesivas ansias anteje de la oposición.

Ambos elementos (la creciente dependencia económica respecto a Estados Unidos y la inestabilidad política, creada con la ruptura del Frente Popular y la admisión de prohombres liberales) iban a combinarse a la perfección, cuando Washington, consciente de los mismos, hizo saltar con un solo gesto la válvula que los sujetaba: las tesis mantenidas por grupos liberales, según las cuales Chile podría seguir siendo neutral sin menoscabo de su situación económica, dada la necesidad que de sus productos tenían Estados Unidos y Gran Bretaña.

⁵¹ Mensaje presidencial con ocasión de la apertura de las sesiones ordinarias del Congreso, 21 de mayo de 1942 (*La pérdida de los mercados europeos ha provocado un gran descenso en la exportación del salitre de Chile*, «Mundo», n.º 140, 10 de enero de 1943).

En efecto, el Gobierno norteamericano, en una nueva réplica a la actitud tomada por el presidente Ríos, impidió que quince mercantes suyos, que debían recoger salitre, se dirigiesen a puertos chilenos. Con tal medida, haciendo ostensible la indefensión económica chilena, descartaba de plano las tesis liberales, excitando además a la oposición política.

Poco tardó en estallar la crisis que a fines de octubre de 1942 determinó la salida de los elementos liberales del Gobierno: Benjamín Matte Larrain fue sustituido en el Ministerio de Hacienda por el independiente Guillermo Pedregal Herrero, mientras que Ernesto Barros Jarpa era a su vez relevado en el Ministerio de Asuntos Exteriores por el también independiente Joaquín Fernández y Fernández. Otros cambios menos importantes se sucedieron en el equipo gubernamental de Ríos, cuyas tendencias en política internacional las enjuició el mismo presidente con las palabras que pronunció al formarlo: «Mi propósito en el orden internacional consiste en mantener al país al lado de todas las naciones del continente, en una actitud encaminada a definir los grandes principios de integridad territorial y solidaridad americana, a la vez que los valores morales y filosóficos que constituyen el fundamento de nuestra libertad y organización democrática. Llegaré hasta donde reclamen los altos intereses de América»⁵².

Con estas palabras se prejuzgaba definitivamente la cuestión de la ruptura de relaciones que, transcurrido un tiempo prudencial favorable a la distensión chileno-norteamericana, se consumó definitivamente el 20 de enero de 1943. Oficialmente para nada se alude a las causas político-económicas antes señaladas, sino que la ruptura se justifica en los acuerdos de Río de Janeiro. «Hoy —dijo el presidente Ríos— los pueblos hermanos de América solicitan una cooperación mayor: que suspendamos o rompamos las relaciones con los países del Eje. No podemos negarnos a esta demanda fraternal.»

Pero en la misma declaración oficial no deja de entreverse cierta amargura por lo que tal resolución tiene de claudicación. Por este motivo, el presidente Ríos subrayó el carácter estrictamente diplomático —casi forzoso— de la ruptura: «Mucho debemos a esos pueblos, cuyo mutuo afecto no puede turbarse por una medida de carácter transitorio»⁵³.

G) *El aislamiento de Argentina y la declaración de guerra de Bolivia (enero-diciembre de 1943)*

En diversas ocasiones, a lo largo de este artículo se ha podido comprobar la reiterada actitud antinorteamericana profesada por Argentina. Ya se enfrentó a Estados Unidos en la conferencia de La Habana de 1928, boicoteó la primitiva declaración de principios de solidaridad americana propuesta en

⁵² *Los ataques de Sumner Welles han provocado la dimisión del Gobierno de Chile. En el nuevo Ministerio formado por el presidente Ríos los liberales carecen de representación*, «Mundo», n.º 130, 1 de noviembre de 1942.

⁵³ *La ruptura de Chile con los gobiernos del Eje es consecuencia de los acuerdos de Río de Janeiro*, «Mundo», n.º 143, 31 de enero de 1943.

Lima (1938), disuadió al Uruguay de su proyecto de concesión de bases en Punta del Este, proponiendo en contrapartida la defensa regional, a punto de alcanzarse en la conferencia del Plata, e insistió obstinadamente en Río (1942) en la vigorización del antiguo bloque del ABC, frente a la solidaridad continental defendida por Estados Unidos. En todos sus actos Argentina, constituyéndose en dirigente de América del Sur, hostilizó cuanto pudo a Estados Unidos. Pero, al fin, la realidad económica se impuso y con ella, la política. Las naciones hispanoamericanas, unas tras otras, se plegaron a los designios de Washington, que mantenía sus maltrechas economías. El último acto en la política de solidaridad continental fue realmente el chileno, pues Argentina, aunque aislada, no por eso dejó de perseverar en su neutralidad, que era tanto como afirmarse en un decidido antiyanquismo.

¿Cómo se explica semejante actitud? ¿Qué causas se conjugaron para enfrentarla tan radicalmente a Estados Unidos?

Ante todo, el factor económico es bastante claro. Argentina es, de todos los países hispanoamericanos, el que menos dependió de Estados Unidos, precisamente por encontrarse su economía muy estrechamente ligada al otro pueblo anglosajón: Gran Bretaña. Si bien, como las restantes naciones hispanoamericanas, acusó el colapso económico provocado por las contingencias de la guerra atlántica (véase nota 8), al depender sus exportaciones de la nación que dominaba los mares, aunque defectuosamente, éstas se realizaban, lo que a fines de 1943 permitió pensar seriamente en la compra por el Estado argentino de las compañías ferroviarias con capital británico⁵⁴. Lo que ya resulta más difícil de explicar es su resistencia a romper con el Eje, no pareja con su economía pro británica (ya que no norteamericana). «Un aliado poderoso tuvo entonces, entre bambalinas, el régimen argentino. Fue el Reino Unido. Lo que el Gobierno de Castillo hacía con enviarle carne y cereales a crédito y en grandes cantidades le era, por el momento, suficiente. La ruptura con el Eje, en cambio, no sólo interrumpiría o disminuiría esos embarques, sino que colocaría de lleno al país dentro de la órbita panamericana y apresuraría lo que ya se había iniciado penosamente: la liquidación de las inversiones británicas y su transferencia a manos estadounidenses»⁵⁵.

Pero la economía no explica totalmente el problema. Otra causa muy fluida en la historia de la Argentina de estos años incide sobre la cuestión: el desarrollo político interno.

En general, todos los partidos de derecha —llámense liberales en Chile,

⁵⁴ *El Gobierno argentino quiere nacionalizar los ferrocarriles*, «Mundo», n.º 183, 7 de noviembre de 1943.

⁵⁵ S. Bacú, «Argentina en el mundo», en *La Realidad Argentina en el siglo XX*. Fondo de Cultura Económica, 1961, p. 90. Presenta una sutil explicación, basada en las contradicciones internas de la Gran Alianza (Gran Bretaña, Estados Unidos y la URSS, preferentemente), mucho más convincente, en efecto, que la oficial alegada en la conferencia de Río: la influencia de la inmigración italiana, que circunstancialmente frenaba toda postura antieje.

conservadores en Colombia, demócratas nacionales en Argentina— eran afectos al Eje. Pues bien, la coalición centro-derecha de radicales antipersonalistas (con el presidente Ortiz) y demócratas nacionales (con el vicepresidente Castillo), que bajo el nombre de *Concordancia* gobernaba el país al estallar la guerra, fue progresivamente agrietándose al compás de la enfermedad del primero, que llevó automáticamente a la presidencia real al segundo (julio de 1942) y, con él, a su partido, que, ya en el poder, impuso la neutralidad a rajatabla. Sin adversarios políticos de talla, con la descomposición interna del partido radical, desaparecidos sus prohombres —Alvear, Ortiz—, los demócratas nacionales pudieron, con Castillo, gobernar a su albedrío⁵⁶, pese al aislamiento que la defección chilena de enero de 1943 les creaba. Y las sucesivas presiones estadounidenses en el sentido opuesto no hicieron sino agravar la situación sobre un fondo de tradicional antiyanquismo y frustración de un posible liderazgo hispanoamericano⁵⁷. Por ello cuando en el transcurso de 1943, y pese a las seguridades que los demócratas nacionales dieron respecto a la continuidad de la neutralidad argentina, ésta pudo correr riesgos en los resultados, siempre inciertos, de unas elecciones presidenciales programadas para noviembre, la extrema derecha del país —la juventud nacionalista, agrupada alrededor de las revistas *Sol y Luna* y *Nueva Política*—, que comenzó a dar señales de vida ya en junio de 1942⁵⁸, organizando posteriormente la marcha de la soberanía⁵⁹ en pro de la neutralidad (mayo de 1943), aliada a los jóvenes elementos militares, pasó a la ofensiva desencadenando en la noche del 3 al 4 de junio de 1943 el primero de varios golpes de Estado que se dieron hasta la relativa estabilización de la política argentina bajo Perón (1946).

Complejidad demográfica, relativa independencia económica, tendencias gubernamentales, conservadoras y derechistas, deseo frustrado de un liderazgo cada vez más lejano, inicial deslumbramiento ante las victorias del Eje, hechos que, juntos todos, contribuyen a explicar la actitud argentina.

Partiendo del punto cronológico en que se detenía la narración histórica (enero de 1943), Argentina fue la excepción en el continente americano. La muerte del general Justo, aliadófilo, reforzó las posiciones gubernamentales⁶⁰.

⁵⁶ En estos momentos se hizo célebre una de las frases preferidas por Castillo: «Unanimidad de uno.» (Véase A. GALLETI, ob. cit., p. 127.)

⁵⁷ Por parte de las logias militares y los grupos nacionalistas —de inequívoca inspiración fascista—, exultantes ante el vertiginoso avance alemán inicial, que alimentó su esperanza hasta mucho después de Stalingrado en la era marcial y el orden imperecedero. Ninguna concesión, sobre todo, a Estados Unidos. (Véase S. BACÚ, ob. cit., p. 89.)

⁵⁸ En su política de neutralidad, el Gobierno argentino encuentra el apoyo de la gran mayoría del país, «Mundo», n.º 109, 7 de junio de 1942. Por primera vez, aquí se hace alusión a la juventud nacionalista y se insinúa la disconformidad de ésta con el Gobierno de Castillo.

⁵⁹ *Conciencia de Hispanoamérica*, «Mundo», n.º 157, 9 de mayo de 1943.

⁶⁰ *La muerte del general Justo refuerza la neutralidad del Gobierno argentino*, «Mundo», n.º 142, 24 de enero de 1943.

Poco después, en febrero de 1943, el presidente Castillo, al tiempo que anunció que no presentaría su candidatura a la presidencia, insistió en la neutralidad⁶¹.

Pero las elecciones provinciales de Entre Ríos⁶² (21 de marzo de 1943) dieron la victoria a los radicales y pusieron una duda —pese a lo amañado del sistema electoral— en el triunfo del hombre designado para sustituir a Castillo: Robustiano Patrón Costa. Tres meses después —junio de 1943— tuvo lugar el primer golpe de estado argentino, que llevaría al poder al general Ramírez⁶³. Reconocido el nuevo régimen casi inmediatamente por Estados Unidos (11 de junio), ello no fue óbice para que la Administración Ramírez no sólo prosiguiera las relaciones con el Eje, sino que las intensificara publicando órganos suyos, como *El Pampero* y *El Cabildo*.

Terminábase el año con el Gobierno Ramírez, que, sometido a múltiples presiones norteamericanas, acabó por romper con el Eje el 26 de enero de 1944. Pero solamente un año más tarde, el 27 de marzo de 1945, Argentina declararíala guerra al Eje.

Frente a la Argentina, hostil a la solidaridad continental, la actitud de Bolivia, país que, sin costas ni fronteras donde establecer contacto, decretó una movilización general (abril de 1943), declarando posteriormente la guerra (5 de diciembre de 1943)⁶⁴, fue el reverso de la medalla.

No obstante, la alineación boliviana a la causa norteamericana, como en el caso del Brasil, no estuvo exenta de ciertos pragmatismos, concretados en el estaño. Más aún cuando, con el ataque japonés a Malaca y las colonias holandesas, sólo Bolivia abasteció de estaño a los aliados: «la prosperidad actual del país demuestra que a Bolivia lo que menos le conviene es la paz», dijo Peñaranda⁶⁵.

Sin embargo, la explotación intensiva del estaño tropezaba con enormes dificultades técnicas —explotaciones de 3.000 a 5.000 metros, con falta de energía eléctrica, con malos caminos y escasez de mano de obra—. Para salvarlas había un recurso: dirigir todos los esfuerzos del país hacia un mismo fin, y para ello nada mejor que decretar una movilización general, que «se realizará paulatinamente, de acuerdo con el plan de aumento de la producción

⁶¹ *Elecciones presidenciales en la Argentina*, «Mundo», n.º 147, 28 de febrero de 1943.

⁶² *Las recientes elecciones provinciales de Entre Ríos no tendrán influencia en la política nacional argentina*, «Mundo», n.º 151, 28 de marzo de 1943.

⁶³ *Motivos tanto de orden interior como externo parecen haber intervenido en el golpe de Estado argentino*, «Mundo», n.º 163, 20 de junio de 1943.

Según la tesis de S. BAGÚ, ob. cit., en la reacción conservadora iniciada con Uriburu (1930) existió una doble tendencia: la del fraude electoral que Castillo prosiguió y la del uso de la fuerza (militares y nacionalistas aludidos). En entredicho la primera en las elecciones de Entre Ríos, la segunda se manifestó (p. 86).

⁶⁴ *Ejemérides internacionales*, «Mundo», n.º 188, 12 de diciembre de 1943.

⁶⁵ *Bolivia, sin costas ni fronteras donde establecer contacto, ha declarado la guerra a las potencias del Eje*, «Mundo», n.º 154, 18 de abril de 1943. Más que declaración de guerra se decretó entonces una movilización general. Aquélla, como queda dicho, se produjo el 5 de diciembre.

del país, pues la medida tiene por objeto acrecentar la extracción de minerales de importancia bélica, impulsar las comunicaciones construyendo ferrocarriles, carreteras y aeropuertos en las regiones mineras, petrolíferas y caucheras»⁶⁶.

La movilización general, la declaración de guerra, bajo tal óptica no son medidas exageradas si se atiende a la importancia del estaño para el Estado boliviano (del 80 al 90 % de la exportación) y a las inversiones de capital norteamericano (el 65 % del total) en estas minas.

H) *La Carta del Atlántico: las reivindicaciones portorriqueñas*
(mayo 1942 a octubre 1943)

Un problema mucho menor, comparado a los anteriores, se le planteó durante estos años a Estados Unidos: Puerto Rico⁶⁷. El problema portorriqueño debe estudiarse desde tres puntos de vista:

1.º El estratégico, debido a su enclave en las Antillas, por el que Estados Unidos no va a aceptar plenamente las peticiones nacionalistas.

2.º El económico, por el que la isla se muestra insuficiente para alimentar a su densa población. Por esta causa, los socialistas portorriqueños, subordinando la política al confort, se inclinarán por la adhesión a Estados Unidos y la «conversión en el cuarenta y nueve Estado de la Unión», creando así una fisura en los deseos nacionalistas.

3.º El político, con la petición de una mayor autonomía, que llegará a tendencias independientes.

Desde que Puerto Rico pasó a depender de Estados Unidos, tras la guerra con España, progresivamente la isla fue logrando concesiones políticas que, sin embargo, no bastaron para satisfacer las ansias nacionalistas del país. Con la Jones Act, último documento otorgado a Puerto Rico en 1917, se concedió la ciudadanía norteamericana, creándose además un cuerpo legislativo capaz de regirse de modo autónomo. Pero el presidente de los Estados Unidos se reservaba la facultad de nombrar al gobernador, al jefe del Departamento del Interior, al secretario de Justicia, al comisario de Educación, al fiscal y a los magistrados del Tribunal Supremo; en una palabra, el presidente se reservó el poder ejecutivo y el judicial, ambos por encima del legislativo, otorgado graciosamente. De ahí que el nacionalismo portorriqueño siguiese creciendo y plantease sus reivindicaciones precisamente en la segunda guerra mundial. Poco antes del estallido de la contienda, un plebiscito oficioso había arrojado la cifra de un 92 % de votantes partidarios de la independencia, y sólo un 8 % partidarios de una mayor autonomía o de la conversión en un Estado más de la Unión. Por ello, tal fuerza política, representada a través de sus Cámaras⁶⁸, dirigió en febrero de 1943 una petición a Roosevelt en el sentido

⁶⁶ Bolivia..., artículo citado en nota 65.

⁶⁷ Las autoridades norteamericanas han iniciado la lucha contra el nacionalismo portorriqueño, «Mundo», n.º 107, 24 de mayo de 1942.

⁶⁸ Puerto Rico, por medio de sus Cámaras, se ha dirigido a Roosevelt pidiendo la independencia de la isla, «Mundo», n.º 147, 28 de febrero de 1943.

señalado, apoyando sus argumentos precisamente en declaraciones norteamericanas: la formulación de libertad de los pueblos predicada en la Carta del Atlántico, de la que fue creador el mismo presidente.

La respuesta norteamericana, en octubre de 1943, permitió que los portorriqueños eligiesen a su propio gobernador; en suma, realizaba concesiones respecto al poder ejecutivo, si bien se preveía la existencia de un comisario general norteamericano que, en contacto con el Gobierno estadounidense, vigilase la aplicación de las leyes ⁶⁹.

En definitiva, la solución momentánea de Washington estableció una relativa vía media tendente a superar sin riesgos los tres problemas de la isla: la estrategia, la economía y la política.

III. *Apostillas a la buena vecindad*

Posiblemente, tras la lectura de estas páginas, pueda surgir la duda de si, realmente, la «buena vecindad» y la solidaridad americana se dieron a lo largo de la guerra. Parece como si aquella estuviese en contradicción con los hechos expuestos. Pero, si se piensa que se ha analizado toda fricción posible entre los Estados Unidos y las Repúblicas americanas, si se observa el número de éstas (veinte) y el lapso de tiempo acotado (cuatro años), se verá como los motivos polémicos fueron mínimos y casi circunscritos a las querellas con Chile y Argentina.

En realidad, la «buena vecindad» y la solidaridad americana, apoyándose en la dependencia económica, fueron hechos consumados.

Y no sólo en las relaciones entre Estados Unidos y las Repúblicas americanas (Méjico, por ejemplo, solucionó totalmente el problema de la nacionalización petrolífera, iniciada con Lázaro Cárdenas; los préstamos norteamericanos se multiplicaron, destinados a apuntalar las economías americanas a la par que a intensificar la producción de las materias primas indispensables para la guerra: caucho, estaño; la colaboración norteamericana en los grandes proyectos panamericanos, tales como la construcción de la carretera de Alaska a Tierra de Fuego, fue evidente), sino también en las mismas relaciones hispanoamericanas, hasta el punto de que ciertos pleitos territoriales, tradicionales ya por su amplitud cronológica, fueron en estos momentos zanjados.

Así, se reconoció el estatuto territorial del Chaco, terminando con las querellas boliviano-paraguayas (mayo de 1940) ⁷⁰; Bolivia, a su vez, estrechó también lazos con Chile, al firmar ambos países, el 16 de enero de 1941, un pacto de no agresión, retirando con ello toda pretensión de salida al Pacífico ⁷¹;

⁶⁹ *Puerto Rico gozará de una autonomía más amplia*, «Mundo», n.º 179, 10 de octubre de 1943.

⁷⁰ *Una conferencia económica en el Plata*, «Mundo», n.º 2, mayo de 1940.

⁷¹ En *Mundo*, n.º 38, 26 de enero de 1941.

asimismo Chile y Perú, al firmar en febrero de 1941 un pacto de no agresión, ratificaban la solución al secular pleito de Tacna y Arica⁷². Con estos tratados diplomáticos quedó solucionado el largo pleito que Bolivia, Chile y Perú mantuvieron en el *hinterland* del Pacífico.

Por su parte, en las regiones amazónicas, Colombia, por el acuerdo de Cúcuta, zanjaba en abril de 1941 el pleito fronterizo mantenido con Venezuela⁷³, mientras que Perú y Ecuador llegaron a un definitivo acuerdo en febrero de 1942⁷⁴.

En cuanto a Centroamérica, llegó a hablarse incluso de una posible confederación⁷⁵, esta vez apoyada por Estados Unidos, mientras que Haití y Santo Domingo llegaron en diciembre de 1942 a un acuerdo en la cuestión de los límites fronterizos⁷⁶.

Al mismo tiempo que se zanjaban tales disputas, los países hispanoamericanos iniciaron entre sí una mayor cooperación económica, con la que suplir la falta de mercados europeos⁷⁷.

Todos estos esfuerzos encaminados a un mayor entendimiento fueron alentados siempre por los Estados Unidos, a los que durante la guerra les interesó formar del continente americano un bloque unido y compacto. Es por ello por lo que, tras la crisis de octubre de 1942, Washington, no regateando esfuerzos, envió en abril de 1943 al vicepresidente Wallace en viaje de buena voluntad por Sudamérica, mientras el 20 del mismo mes Roosevelt, cruzando la frontera, se entrevistaba en Méjico con Avila Camacho, confirmando así la nueva amistad mejicano-norteamericana⁷⁸.

Pero si realmente la existencia de la «buena vecindad» es indiscutible, ya no lo es tanto el juicio que merece en los momentos actuales.

Mientras los autores norteamericanos ven en ella uno de los logros más honrados de la Administración de Roosevelt, tan sólo parcialmente aprovechado por las Repúblicas americanas y enfundado por causa de los sucesos posteriores —la guerra fría, el avance del comunismo en América, según Washington, con el consecuente endurecimiento de la política norteamericana, al remozar el monroísmo trasladándolo de un ángulo territorial a otro más sutil e ideológico⁷⁹—, sus antagonistas opinan muy distintamente. Para

⁷² En *Mundo*, n.º 42, 23 de febrero de 1941.

⁷³ En *Mundo*, n.º 50, 20 de abril de 1941.

⁷⁴ En *Mundo*, n.º 92, 8 de febrero de 1942.

⁷⁵ En *Mundo*, n.º 119, 16 de agosto de 1942.

⁷⁶ En *Mundo*, n.º 138, 27 de diciembre de 1942.

⁷⁷ *La guerra ha modificado profundamente las relaciones económicas de los países hispanoamericanos*, «Mundo», n.º 127, 11 de octubre de 1942.

⁷⁸ *Con el viaje de Wallace y la entrevista Roosevelt-Avila Camacho, trata Norteamérica de reforzar sus vínculos con la América hispánica*, «Mundo», n.º 156, 2 de mayo de 1943.

⁷⁹ Es curiosa y muy sintomática la nueva interpretación del monroísmo. Si tradicionalmente la doctrina de Monroe se oponía a cualquier tipo de cesión territorial en beneficio de potencias europeas —«América, para los americanos»—, su actualización de-

ellos, la «buena vecindad» fue el fruto de la compleja problemática que planteó la crisis de 1929. Frente a la crisis económica, social, política, internacional —con el enfrentamiento de distintas modalidades imperialistas a escala mundial, hasta el punto de que el imperialismo totalitario del Eje fomentase sistemáticamente el descontento hacia Estados Unidos—, el tradicionalismo político de Washington respecto a los problemas americanos hubiera cosechado un rotundo fracaso. La terapéutica a la crisis obligaba a un cambio en los procedimientos del imperialismo estadounidense que, sin alterarlo en su esencia, lo modificase sensiblemente en sus accidentes. «El imperialismo necesitaba, pues, cambiar su rostro. El viejo y huraño Tío Sam, que esgrimía un pesado garrote y una bolsa de corruptores dólares, estaba siendo dibujado ahora como un hombre jovial, sonriente, bondadoso, dispuesto a ayudar desinteresadamente a sus múltiples sobrinos. Se insinuaba una nueva actitud que, de vez en cuando, el imperialismo ha sabido poner en práctica en sus relaciones con América latina; estaban echándose las bases de la política de “buena vecindad” enunciada por el presidente Franklin D. Roosevelt...»⁸⁰.

EPÍLOGO

Sólo unas palabras finales para subrayar la importancia esencial que la segunda guerra mundial, aun sin efectos militares, tuvo en Hispanoamérica.

Superación de una crisis.—En el planteamiento general se aludía a «la crisis de 1929» y a «una crisis sobre la crisis». Por «la crisis» se entendía la general de 1929 y, aún más, la crisis permanente, estructural. Por «una crisis» se definía una situación accidental, coyuntural. Esta situación momentánea, cuyas causas y características quedaron allí esbozadas, es la que —tras la estabilización de 1943— logra superarse. De aquí que la etapa de 1944-1945 (los dos años últimos de la guerra) respondiese en América a la superación de una crisis.

En efecto, las necesidades de los aliados —y concretamente de los norteamericanos— intensificaron la producción de materias primas, vitales para la guerra, con préstamos, y concesiones sobre la base de mantener tarifas y cuotas de importación a niveles mínimos y por convenios recíprocos⁸¹. Llegó así a una franca expansión que incidentalmente se reflejaba en los proyectos de uniones aduaneras, acariciados por los países del Plata (1944)⁸², o en la apertura a la inmigración (1944)⁸³. Frente a las altas barreras aduaneras

fiende la «no cesión» ideológica de los principios democráticos frente al avance del comunismo. (H. L. MATTHEWS y K. H. SILVERT, ob. cit., p. 60.)

⁸⁰ HERNÁN-RAMÍREZ NECOCHEA, ob. cit., pp. 25 y 26.

⁸¹ H. L. MATTHEWS y K. H. SILVERT, ob. cit., p. 76.

⁸² *Proyecto de un bloque político-económico entre Argentina, Chile, Paraguay, Uruguay y Bolivia*, «Mundo», n.º 204, 2 de abril de 1944.

⁸³ *Argentina, Brasil y Chile tienen intención de recibir emigrantes europeos cuando termine la guerra*, «Mundo», n.º 211, 21 de mayo de 1944.

y fronterizas, típicas de la crisis, la plena libertad en el tránsito de mercancías y hombres auguraba la expansión.

Paralelamente, a lo largo de 1944 las posturas monolíticas se debilitaron o se derrumbaron. En diciembre de 1943 Peñaranda es derribado del poder con la revolución encabezada por Gualberto Villarroel. Los mismos revolucionarios bolivianos señalaron que la causa del levantamiento fue «la desviación antidemocrática del Gobierno de Peñaranda, que canceló el régimen constitucional y suspendió las elecciones»⁸⁴. Tal hecho era el precedente de los que le siguieron en 1944: en Cuba triunfaba Grau San Martín (izquierdista) frente a Batista⁸⁵; en El Salvador era derrocado el dictador Martínez⁸⁶; en Guatemala lo era Ubico⁸⁷, y en el Ecuador, Arroyo del Río sustituido por el izquierdista Velasco Ibarra⁸⁸. El mismo Brasil anunciaba elecciones generales para después de la guerra, tras tan largos años en el poder del corporativismo de Getulio Vargas⁸⁹. Parecía que con la expansión económica (traducida en una incipiente industrialización) llegaba un conato de democratización.

Finalmente, en la política exterior, la completa adhesión de Hispanoamérica a la causa norteamericana permitía pensar en una amplia participación en la vida internacional, en continua colaboración de «buena vecindad» con Estados Unidos. El mismo presidente Roosevelt llegó a exhortar a las Repúblicas que aún no habían declarado la guerra al Eje a fines de 1944 en tal sentido, con el fin de que formasen parte de las Naciones Unidas.

Expansión económica, democratización política, plena participación en la política internacional, tales eran los factores que caracterizaban tan favorable coyuntura. Factores forjados al calor de la guerra en unión íntima con Estados Unidos. Se hacía previsible, pues, que, si las circunstancias proseguían por el mismo camino, la coyuntura podría comenzar a influir sobre la estructura —de siempre subdesarrollada— de estas naciones.

Permanencia de la crisis.—Pero rápidamente tan buenos presagios viniéronse abajo. Finalizada la guerra mundial, se abría el abismo entre las dos grandes potencias días antes aliadas: la guerra fría daba comienzo y con ella, aceptando la jefatura de uno de los bloques en que se fragmentaba el mundo, Estados Unidos viró hacia Europa. Así, mientras votaba el plan Marshall oponiéndose al avance del comunismo (junio de 1948), negábase en Bogotá (1948) a mantener relación de paridad entre los precios de las materias primas y los de las mercancías manufacturadas, petición formulada por el Ecu-

⁸⁴ *Un golpe de Estado derriba al presidente de Bolivia, general Peñaranda*, «Mundo», n.º 190, 26 de diciembre de 1943. El jefe civil del golpe de Estado fue Paz Estensoro.

⁸⁵ En *Mundo*, n.º 214, 11 de junio de 1944.

⁸⁶ En *Mundo*, n.º 211, 21 de mayo de 1944.

⁸⁷ En *Mundo*, n.º 218, 9 de julio de 1944.

⁸⁸ *Ejemerides internacionales*, «Mundo», n.º 213, 4 de junio de 1944; n.º 214, 11 de junio de 1944.

⁸⁹ En *Mundo*, n.º 210, 14 de mayo de 1944.

dor⁹⁰. Poco después los niveles de las tarifas y cuotas de importación eran subidos bruscamente. Se hacía ostensible que la «buena vecindad» económica de la guerra había sido llevada a cabo por conveniencias norteamericanas. La frustración económica comenzaba. Y con ella, la política.

Las insinuantes corrientes democratizadoras de los años 1944-1945, sin base socioeconómica, fácilmente fueron ahogadas, más cuando, con la guerra fría, Washington confundió⁹¹ todo proceso en ese sentido como un avance del comunismo en el hemisferio occidental, el enemigo al que se le combatía duramente en Europa y Asia. En consecuencia, determinó dar su apoyo a regímenes dictatoriales, que en las Naciones Unidas formarían, paradójicamente, un bloque compacto de votos en pro de la libertad mundial.

Finalmente, aún no concluida la guerra, les sobrevino a las naciones americanas el primer desencanto internacional: Estados Unidos las eliminó de la conferencia de Dumbarton Oaks, preliminar a la reunión de las Naciones Unidas. A partir de entonces, Hispanoamérica sirvió a la política de Washington sin que para nada se contase con ella.

Las crecientes esperanzas cifradas en el transcurso de la guerra habían sido deshechas⁹². Norteamérica, vuelta a Europa, olvidóse cada vez más de Hispanoamérica, que nuevamente se abismó en su constante subdesarrollo. La crisis reaparecía sin que Estados Unidos hiciese nada por remediarla⁹³.

Departamento de Historia Moderna. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Valencia.

⁹⁰ H. L. MATTHEWS y K. H. SILVERT, ob. cit., p. 74.

⁹¹ *Quiso confundir*, puntualizarían los autores hispanoamericanos. Es más: la pretendida democracia, en cuyo nombre combate Estados Unidos, actualmente es puesta en evidencia incluso para el mismo solar norteamericano. Respecto a este punto son importantes las conclusiones de las obras de LEÓN DION, *Los grupos y el poder político en los Estados Unidos*, colección 70, editor Grijalbo, 1967, y JUAN BOSCH, *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*, Guadiana de Publicaciones, S. A., Madrid, 1968.

⁹² El caso más sintomático de esta afirmación llegó a personalizarse, trágicamente, en la vida de Getulio Vargas. En efecto, Vargas, que fue el gran artífice del triunfo norteamericano en la conferencia de Río (1942) —al boicotear los intentos de reconstrucción del ABC, influido, sin duda, por el espejismo económico—, enfrentóse desde 1951 con Estados Unidos. Tres años más tarde, en 1954, agobiado por el cúmulo de problemas planteados, llegaba al suicidio. (HERNÁN-RAMÍREZ NECOCHEA, ob. cit., pp. 111 y 112.)

⁹³ *Nota aclaratoria*.—Debe señalarse que entre la redacción de este artículo —síntesis de la tesis de licenciatura del autor— y su aparición impresa ha mediado más de año y medio. Es por ello por lo que no se registran aquí las últimas novedades bibliográficas que hubieran puntualizado más adecuadamente este trabajo, y muy especialmente las esclarecidas obras del brasileño Celso Furtado, atentas a estudios económicos y políticos de Latinoamérica. Así, por ejemplo: CELSO FURTADO, *La economía latinoamericana desde la conquista ibérica hasta la revolución cubana*, Siglo Veintiuno, Editores, Méjico, 1969. Y también: *La hegemonía de los U. S. A. y América Latina*, Cuadernos para el Diálogo Edicusa, Madrid, 1971.